

En defensa de la otra Encuadernación

CUANDO se habla sobre Encuadernación, casi siempre se hace refiriéndose a las encuadernaciones de Arte o Bibliofilia. Esto, no está nada mal, pues hace que los amantes del libro disfruten contemplando encuadernaciones bellas de estilo, clásicas o modernas, todas con mosaicos y dorados. Pero poco se habla de otras encuadernaciones que, en la actualidad, son las que dan vida a muchos talleres: las encuadernaciones de biblioteca que, cuando están realizadas con esmero y sensibilidad, son tan dignas como las encuadernaciones de Arte. Estas encuadernaciones han sido, son y serán las que conserven los libros por mucho tiempo; y no libros que sólo serán contemplados, sino libros que serán manipulados a diario por sus lectores, como en el caso de las bibliotecas públicas y universitarias. La finalidad del libro es ser leído, la finalidad del Arte está en su contemplación. Bien es cierto que hay libros que merecen ser vestidos con lujosa encuadernación artística, como también es cierto que hay una gran cantidad de libros que no la merecen, pero sí merecen ser vestidos con una elegante y resistente encuadernación.

Defiendo esta encuadernación, dándole el sitio que merece; que, desde mi modesta opinión, es la verdadera encuadernación. EL arte es bello y difícil, pero sólo para contemplarlo. El trabajo de batalla diaria, siguiendo todos sus pasos, uno por uno, realizándolo con esmero y sensibilidad, se coloca a la misma altura. Para encuadernar se necesita una cualidad: sensibilidad. Es decir, hay que amar mucho al libro, conocerlo a fondo, teniendo muy en cuenta su época, tipografía, viñetas... para encuadernarlo como se merece. Y cuando el trabajo se realiza de esta forma, se nota y es admiración del lector.

El libro es mi pasión y de él vivo desde hace ya algunos años. En muchas ocasiones he dejado de ganar dinero con tal de encuadernarlo con digni-

dad. En éstos años he dejado de utilizar los plásticos para volver a la tela y, por supuesto, a la piel de cabra, que nunca ha faltado en mi taller, así como los papeles pintados a mano. De esta manera, he conseguido que el libro que se encuaderna en mi taller sea un libro digno y, a su vez, diferente. Por eso defiendo esta otra encuadernación y la coloco donde se merece.

Antonio Moreno Gallardo
(Encuadernador, de Alcalá de Guadaíra)

«Viaje a Las Hurdes»

EL pasado año de 1994, sacaron a la luz un hermoso libro, EL PAIS-Aguilar y la Fundación Gregorio Marañón, titulado «Viaje a Las Hurdes». Corroboran esta hermosura, entre otras las firmas de Camilo José Cela, Luis Carandell, doctor J. Goyanes, Miguel de Unamuno, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Segura (obispo de Coria), Maurice Legendre y Gregorio Marañón y Beltrán de Lis. Su motivación, dar a conocer el manuscrito inédito que sus herederos encontraron traspapelado. El libro es una maravilla y hago votos porque lo adquieran la mayor parte de los españoles: ayuda a conocer esta ignorada y bella comarca con el embrujo de sus «mitos», con su interesante evolución y con sus inigualables paisajes. Muchos extranjeros ya lo hicieron y entre ellos contamos con los más convencidos «hurdanífilos», llegando alguno a desear ser enterrado en estos parajes (Maurice Legendre). Camilo José Cela, en las dos últimas líneas de la página 15 y primeras de la 16, dice textualmente: «En la primera página del cuaderno, además del título VIAJE A LAS HURDES y la fecha abril de 1922, hay tres líneas que faltan en la copia y que dicen: “Plasencia, Casar de Palomero y quizá, Casares...”. Sin ánimo de inculpar y menos achacar negligencia o superficialidad, don Camilo se equivoca en la palabra PLASENCIA y también en la de Casares, aunque la salva con la palabra “quizá Casares...”. A los editores y autores del libro sí me

atrevo a tacharlos de «ligeros», por cuanto si acometen una obra de divulgación y transcripción, en este caso de un manuscrito de una persona que no existe, se debe aquilatar hasta lo indecible para que resulte lo más fidedigno y exacto posible.

No me considero un super enterado en nada; pero veo elemental que, cuando emprendemos un viaje o excursión, lo primero que tomamos de referencia a alguien conocido, zona a visitar, topónimos... Y eso fue lo que hizo don Gregorio Marañón, que apuntó en la primera línea de su cuaderno... el nombre de su colega, doctor Pizarro; y a continuación el pueblo de su destino: Casar de Palomero y su correspondiente provincia: Cáceres. Esta omisión, me consta, no ha sentado nada bien a los numerosos descendientes del doctor Pizarro que dedicó gran parte de su vida, en los primeros momentos difíciles del resurgir de esta comarca, donde estuvo hasta 1945, año en que fue nombrado inspector de Sanidad en Plasencia, donde se vino con sus nueve hijos, todos nacidos en Las Hurdes. No se pretende protagonismo, ni dar importancia al hecho de que fuera de los primeros médicos de Las Hurdes; pero si don Gregorio Marañón lo puso en su cuadernillo y muchísimos lo leemos muy claro, porque los autores del libro ponen «ilegible en el manuscrito».

El libro tiene otros fallos en pies de fotos, que denotan que los autores no patearon Las Hurdes nunca. Por no extenderme, sólo mencionaré que en la página 139 ponen «Llegada de la comitiva a la iglesia de Las Mestas», cuando no es ni iglesia ni de Las Mestas, sino la entrada al Monasterio del Desierto de Las Batuecas, dedicado a San José.

Alejandro M. Cascón
(Plasencia. Cáceres)

